

A red dragon illustration in the background, showing its head with horns and whiskers, its body with scales, and its long, coiled tail. The dragon is rendered in a dark red color against a light, textured background.

El rumor de los insectos por la noche

1. Donde cae la lluvia

Texto promocional de la novela
“El rumor de los insectos por la noche”,
disponible en papel y digital
en Amazon

EL RUMOR DE LOS INSECTOS POR LA NOCHE (2018)

David Arrabal, Martín Blanco y Álex Puig

Santa Guadaña Ediciones

<https://www.santaguadania.com/>

Texto promocional de ©David Arrabal Carrión

www.davidarrabalcarrion.com

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna y por ningún medio, ya sea electrónico, químico, mecánico, óptico, de grabación, en Internet o de fotocopia, sin permiso previo del autor. Todos los derechos reservados.

I. Donde cae la lluvia

Sangre fría, muerta, oscura como la brea, aturdiendo con un nauseabundo olor a quienes allí malvivían, había convertido en una ciénaga insalubre la pradera sembrada de tocones que se extendía entre el acantilado y el bosque más cercano, a más de ocho kilómetros de allí.

Miles de tiendas de campaña resistían sin demasiado éxito la incesante llovizna, y los pabellones de madera, improvisados establos y almacenes, tampoco ofrecían las condiciones adecuadas para la conservación de los escasos alimentos que guardaban, o el bienestar de los caballos. Los bueyes, cerdos, ovejas y perros hacía mucho que se los habían comido.

El ejército cristiano, cuyo reemplazo o refuerzos esperaba sin esperanza tras un año sin mensajes de Roma, contemplaba con odio y temor las negras piedras del castillo que con tanta pasión y valor estudiaron la primera vez que observaron sus antiguas y altas murallas, donde un estandarte empapado mostraba los cuernos de un ciervo macho cada vez que el viento así lo deseaba. Habían soñado colocar la cruz de su Señor en pocas semanas. Algunos habían llegado con el último batallón que hizo de refuerzo, dos años atrás, pero había quien estaba allí desde el primer día. Aquel lustro les había vuelto locos, pero conservaban la suficiente cordura como para saber que lejos de allí sus vidas no tenían sentido alguno. Las atrocidades que retenían en sus mentes eran demasiado intensas como para aceptar una vida de hortelano o de guarda en un castillo. La locura corría libre en sus cabezas. Solo la muerte era la salvación.

Las noches componían melodías tristes, nanas que sembraban el miedo en unos corazones que habían conocido la gloria en otras batallas, en otros tiempos. Lacerante era el viento aullador, que escarchaba por igual a hombres, caballos, madera y piedra, venciendo sin esfuerzo los fuegos protegidos de la lluvia con lonas e improvisados parapetos, formados con escudos que se habían quedado sin alguien que los empuñase.

El deprimente campamento ocupaba una extensión cien veces mayor que el área amurallada del castillo, y con esa misma proporción se reparían sus fuerzas, pero a cada envite cristiano, los salvajes se mostraban más fuertes y animosos. En sus fieras miradas jamás se vio la duda o la sombra de la derrota, y a diferencia de los invasores, éstos mostraban un aspecto saludable, como si dispusieran de una despensa de alimentos inagotable. Aquello doblegaba la moral del ejército asediador, y sembraba la incertidumbre en la vivaz mente del conde Pierre Villeneuve, incapaz de comprender aquel secreto. Sin caza ni pesca, ni tierra ni agua para cultivar, sólo la esperanza de la llegada de provisiones podría prolongar aquella maldición. Pero era su deber, como buen hombre de Dios, no perder la fe.

—¿Se sabe algo de los mensajeros? —preguntó el conde al joven Magnus, oficial no por méritos, si no por veteranía en aquel lugar. Éste, mientras se sacudía la sangre que le empapaba de arriba abajo, negó con la cabeza.

—Ni de los últimos ni de los primeros —contestó, buscando con las manos el fuego a tierra que débilmente calentaba e iluminaba la estancia de paredes de lona.

El conde observó las hileras sangre que resbalaban por la deteriorada coraza del oficial, quien se desprendió de la capucha que salvaba su dorada melena de la macabra lluvia.

—Ni a pie ni a caballo se puede escapar del lodo de esta tierra —sentenció Pierre, apretando los puños, sentado en un banco de madera mal tallado. Se sirvió una copa de vino, ofreciendo otra al joven oficial, quien aceptó con desesperación en la mirada. El agua, cualquier líquido potable, también escaseaba en el campamento.

Magnus bebió antes de reportar malas noticias.

—Las reservas de agua no durarán otra semana —informó, mirando danzar en el líquido oscuro de su copa las llamas de las lámparas de aceite—. Los hombres enferman constantemente por beber la sangre de los ríos o la lluvia. Señor, la situación provocará una desertión en masa en breve... los demás oficiales se esfuerzan en mantener a las tropas disciplinadas, pero la cuerda sobre la que caminan es demasiado fina ya.

—¿Para cuántos días darán las reservas de víveres? —se interesó el conde.

—Si volvemos a estimar comernos los caballos que nos quedan —calculó Magnus—, puede que para tres días. Según los cocineros, solo con las verduras que quedan, mañana tomaremos un último almuerzo.

Pierre se mesó las sienes, mirando el infinito que se abría antes la desesperación de sus pupilas.

—Nuestro destino es morir aquí —se lamentó el joven—. Todos rezamos para que sea lo antes posible.

—Dios nos ha abandonado —sentenció Pierre Villeneuve, poniéndose en pie.

En aquel preciso instante, sin haber sido reclamado, entró en la tienda de campaña el obispo, escoltado como siempre por dos caballeros de la orden del Temple. Las cruces rojas de sus ropas casi no se diferenciaban del rojo sangriento de la lluvia que les empapaba. En todos ellos se apreciaba la fatiga y el desánimo, pero no tanto la desnutrición que atrofiaba al resto del ejército. Magnus sospechaba que guardaban provisiones extras en alguno de los pabellones exclusivos para su eminencia. Estudió al clérigo, un hombre alto, de aura oscura y mirada penetrante, como si con una daga de hielo atravesara los ojos de quienes la enfrentaban.

Las gotas de sangre que se desprendían de sus ropas humedecieron la gran y ajada alfombra que hacía las veces de piso.

—Obispo —el conde hizo una leve reverencia.

—Conde —dijo éste, sin inmutarse por la sangre que le resbalaba desde la frente hasta la afilada barbilla. Miró al joven que acompañaba a quien comandaba aquel asedio. El oficial apartó la mirada en cuanto se supo observado—. poner en duda la voluntad de Dios es condenarnos a perecer antes de completar esta divina tarea.

—Si me disculpa, eminencia —a Pierre Villeneuve le rechinaron los dientes con cada sílaba. Sus ojos ardieron—, pero las cruces y rezos que han sido enterrados en este barro sangriento atestiguan que hemos sido olvidados por el Todopoderoso.

—Comprendo sus dudas —sonrió malicioso el obispo—, pero esta pasada noche he tenido una revelación, un mensaje divino que por fin llevará la palabra del señor al interior de ese castillo.

—¿Qué quiere decir? —Pierre perdía la paciencia por momentos, y solo beber de su copa mientras mantenía la batalla de miradas con el clérigo evitó que lo decapitara allí mismo. Estaba cansado de la palabrería de

aquel charlatán impuesto por la Iglesia y el rey.

—En sueños me ha sido mostrada una entrada secreta a las catacumbas del castillo —los dientes blancos e impolutos del obispo resplandecieron a la luz de las velas—. En el risco, más abajo de las murallas que dan al acantilado, se abre una caverna cuya garganta llega hasta el corazón de la fortaleza pagana. Mande a sus hombres allí, y la Cruz hondeará mañana en los mástiles enemigos.

—No pienso mandar a una muerte segura a ninguno de mis hombres siguiendo las indicaciones de una ensoñación, más producto de la desesperación que de la iluminación divina —la voz del conde amedrentó a todos los presentes, menos al hombre santo, que sonrió aún con más malevolencia.

—Tan desesperado es buscar esa entrada como lanzarse contra los muros o esperar a que el hambre y la locura acaben con sus hombres —meditó en voz alta el siniestro clérigo—. Usted decide, conde, pero recuerde que cuando la fe se pierde, el hombre se convierte en una bestia imposible de domar.

El obispo y los templarios hicieron ademán de retirarse, pero el hombre santo se giró de repente.

—He enviado a dos de mis hombres, y han encontrado un lugar a medio kilómetro de aquí desde donde se puede descender por el acantilado —dijo orgulloso—. Sus soldados estarán a salvo de las flechas de esos salvajes.

Dicho aquello, abandonaron la tienda de campaña del noble, quien lanzó su copa al suelo en cuanto se quedó con la única compañía de Magnus, quien pareció salir del estupor causado por el clérigo.

—He de reconocer que ese malnacido tiene razón —masculló el conde para asombro de su hombre—. La situación es tal que acogernos a las fantasías místicas de un loco son tan aceptables como trazar el mayor movimiento militar jamás urdido y lanzarnos en un último ataque. El resultado será el mismo.

—Señor —dijo Magnus, levantando la mirada, decidido—, yo estoy dispuesto a comandar el suicidio que propone nuestro obispo. He visto caer a tantos buenos caballeros, amigos míos muchos de ellos, que si he de encontrarme con Dios en este día, me gustaría poder llevar ante él muchas cosas que reprocharle. Una de ellas es la falsedad de las visiones que

muestra a sus representantes en la tierra.

Pierre sonrió. Aquel joven sueco había demostrado tener agallas, y sabía pelear como el más fiero de los salvajes del castillo. Las opciones eran dos, y ambas una locura.

—Entraremos por esa cueva, y luego al castillo. Llegaremos hasta el portón para abrirlo y permitir la entrada de nuestros hombres —planteó el oficial—. Usted distraiga a esos paganos atacando el flanco contrario por el que nos descolgaremos con firmes cuerdas por el acantilado.

Pierre Villeneuve sopesó aquel plan. Resignado resopló. Bebió de su copa hasta apurarla.

—Que sacrifiquen a todos los animales —ordenó—, que los cocineros preparen los mejores manjares que puedan ofrecer a la tropa para el desayuno. Este asedio terminará antes del anochecer de mañana.

Consigue la obra completa en:

https://www.amazon.es/rumor-los-insectos-por-noche/dp/1986719855/ref=la_B075PMNDZB_1_5?s=books&ie=UTF8&qid=1570972066&sr=1-5

Para Argentina:

<https://www.larevisteriacomics.com/busquedaRapida?perPage=30&sortBy=stockAndTitle&value=de%20la%20fosa>